LA

Novela Mexicana

POR

Federico Gamboa

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONFERENCIA LEIDA EN LA "LIBRERIA GENERAL,"

EL DIA 3 DE ENERO DE 1914

MEXICO

EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR

2ª Calle de Nuevo México, 32

1914

LA
Novela Mexicana

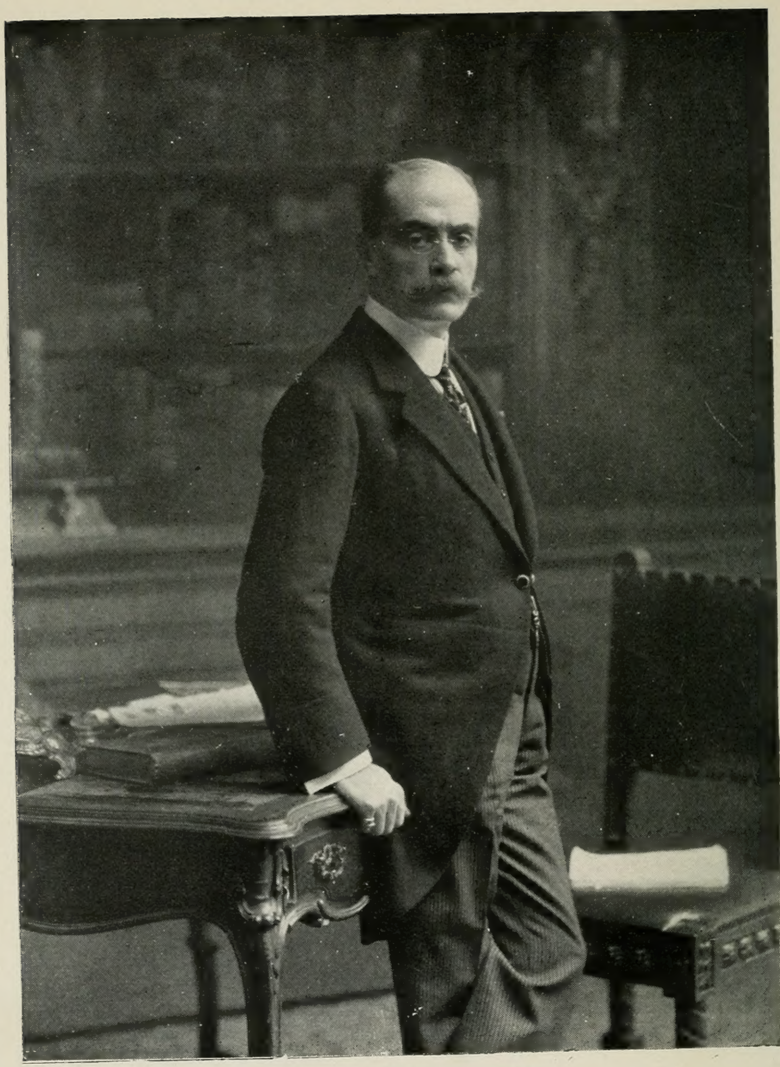
POR

Federico Gamboa

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

CONFERENCIA LEIDA EN LA "LIBRERIA GENERAL."
EL DIA 3 DE ENERO DE 1914

MEXICO
EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR
2ª Calle de Nuevo México, 32
1914



FEDERICO GAMBOA

C. de la Real Academia Española

LA NOVELA MEXICANA

Por lo ilustre de su abolengo y lo rancio de sus orígenes, la novela es acreedora a toda clase de miramientos y respetos, no obstante la mueca despectiva con que suelen acogerla los espíritus frívolos, y el calificativo de literatura poco seria con que en ocasiones obséquianla quienes ignoran o fingen ignorar su alta importancia y su incontrastable trascendencia.

Baste saber, con respecto a la ranciedad de sus orígenes, que, según opina Maspero en su obra «Los cuentos populares del antiguo Egipto,» el primero de ellos, descubierto por Rougé en el 1852, es una novela faraónica, muy semejante a las de las famosas «Mil y Una Noches,» de Galland. A pesar de que en su conjunto dominan los argumentos prodigiosos, en que la magia representa muy principal papel, no escasean, sin embargo, los cuadros de costumbres. Maspero los recogió directamente de los papiros egipcios, y pretende que algunos se remontan a varios centenares de años más allá de los siglos XIII y XIV anteriores a nuestra era.

De ahí que con tanta justicia afirme el sapientísimo Menéndez y Pelayo, que «el relato de casos fabulosos, ya para recrear «con su mera exposición, ya para sacar de ellos alguna saludable «enseñanza, es género tan antiguo como la imaginación humana.»

El dominio de la novela es inmenso, y autoridades en la materia[1] ya lo han considerado más vasto aún que el de la historia, con serlo tanto. Fúndase la aseveración en el hecho de que cualquiera realidad suministrada por aquélla, puede volverse objeto de trabajo imaginativo y proporcionar múltiples elementos a las innúmeras combinaciones de su capricho. No existe, en literatura, género ninguno a cuya vera no pueda colocarse la novela, y

1—G. Vapereau, *Dictionnaire des Littératures.*

utilizar sus medios de acción. Caben desahogadamente dentro de ella, y han cabido de hecho: la epopeya, con su maravillosa médula; la tragedia y el drama, con sus terrores; la comedia, con sus sátiras o su regocijada alegría; el poema didáctico, con sus enseñanzas; el idilio, con su pureza y delicada gracia; la filosofía, con su moral y hasta sus arideces; las religiones, con sus dogmas; la política, con su envilecimiento, su doblez y sus implacabilidades; la ciencia, con sus descubrimientos y doctrinas, y muy principalmente la historia en todas sus modalidades, desde las menudas anécdotas de la tradición y de la crónica, hasta las magnificaciones populares de la leyenda. Por donde resultaría prolijo e inacabable enumerar las posibles subdivisiones de la novela, que puede ser heroica, histórica, pastoril, social, religiosa, picaresca, de aventuras, de intriga, de costumbres, íntima, descriptiva, pedagógica, poética, idealista, romántica, realista, de tesis, y últimamente, de ideas, así denominadas en Francia, las más notables novelas de hoy, como las del exquisito Anatole France, por ejemplo. Hay quien opine que «la novela y el teatro mismo, todas las formas narrativas y representativas que hoy cultivamos,» es decir, «la poesía objetiva del mundo moderno, cada vez más ceñida a los límites de la realidad actual, cada vez más despojada de su fondo tradicional, no son sino la antigua epopeya destronada.»[1]

Como la presente conferencia no va encaminada a disertar sobre la novela universal, sino sobre la novela y los novelistas mexicanos, quédese para otros labios, mejores preparaciones y próxima ocasión la reseña de su venida al mundo, de su crecimiento y desarrollo, y de la larga vida a que se encuentra llamada.

Diversas son las razones que opusiéronse a que en la Nueva España—mientras vivió al dilatado y agridulce amparo de su metrópoli,—no digo se cultivara, siquiera se conociese la novela.

Ni los Conquistadores bajo sus yelmos y armaduras, que respectivamente les aherrojaban cerebros y corazones; ni los Misioneros, bajo sus capillos y sayales, dispusieron de vagar y ánimos para dedicarse a empresas de esta finura, ni sabían de enjundias de ese linaje, ni aun cuando de ellas supiesen, habríales convenido propagarlas. Los Conquistadores, paupérrimos en letras, con sus hazañas remataron la epopeya más portentosa quizá que han presenciado los siglos; y los Misioneros, millonarios de misericordias, endulzaron, divinamente, los estragos y horrores que a su

1—M. Menéndez y Pelayo, *Orígenes de la Novela*

paso sembraban aquellos hombres barbados y blancos, venidos de donde sale el sol, los dominadores invencibles anunciados en las indianas profecías. Las cruces de sus espadas tajantes consumaban matanzas tales, perpetraban hecatombes tantísimas, que las cruces de los sacerdotes, sólo porque simbolizaban el Leño Santo, pudieron consolar orfandades y viudeces, minorar los duelos, restañar las sangres y aplacar a los espíritus acongojados frente a aquellos inauditos desmanes que los privaban de patria, de existencia, de hacienda y de honra, e incrédulos a los comienzos, de que en la tierra hubiese algo real, más grande y más noble que la venganza y el odio: el perdón!, y algo ideal, más consolador y duradero que todos los desafueros y que todas las tiranías: la esperanza en Dios!

A la zaga de la conquista exterminadora,—siempre las conquistas lo fueron, y siempre continuarán siéndolo, en tanto nuestra flaca humanidad persista en practicarlas, aunque les varíe nombres y pretextos,—establecióse la Colonia, codiciosa y dura, consagrada a menesteres muy otros del que las letras persiguen y logran. De los sesenta y dos virreyes que aquí gobernaron del año 1535 al 1821, para los indígenas del virreinato los progresistas y suaves fueron los menos, que tal es, por desgracia, la característica de todas las dominaciones. De la enorme galería, que inaugura el comendador don Antonio de Mendoza y que cierra don Juan O'Donojú, destácase con singular relieve, entre algunos más, el segundo Conde de Revillagigedo don Juan Vicente de Güemes Pacheco de Padilla, quincuagésimosegundo Virrey de estos dominios, en los que ejerció mando benéfico e inteligentísimo desde octubre del 1789 hasta marzo del 1794. Varón tan connotado, protegió las ciencias, instituyó la enseñanza de la botánica y de la geografía, mucho alentó el estudio de las antigüedades mexicanas, plantó escuelas en diferentes ciudades y nombró profesores entendidos en la «Academia de las Nobles Artes de San Carlos de la Nueva España,» que es como en la fecha de su apertura, 4 de noviembre de 1785, se apellidó oficialmente aquel instituto.

De los gobernantes y autoridades restantes, y cuenta que hubo generales y marqueses, obispos y audiencias, oidores y escribanos, inquisidores y caballeros, pocos son comparables, y eso en menor escala, al honorable Pacheco de Padilla; y ni éste, dadas sus luces y sanas intenciones, pudo fomentar la difusión y estudio de las bellas letras. Con ello no se desconoce ni pone en tela de juiclo que de entre la prolongada teoría de funcionarios colo-

niales los hubiera doctos, literatos, sabios, humanistas muchos, no obstante su incompleto humanitarismo hacia criollos, indios y mestizos. En su gran mayoría, arribaban aguijoneados por inmensa codicia, con el oculto designio de apañarse una fortuna en el menor lapso de tiempo y tornar a gozársela en sus lares. Conste a este propósito, que de ellos desciendo yo y que mi culto a España es público y notorio.

Pero aun suponiéndolos a todos animados de los mejores intentos, malamente habrían acertado a traer en las reconditeces de sus ánimas, en los repliegues de sus ferradas maletas cordobesas o en los cajones secretos de sus «Vargueños» lo que la propia Península no podía darles en aquel entonces, a raíz del descubrimiento de América, por hallarse saturada de literatura andantesca con los libros de caballerías, al fin sucesivamente anonadados por la magnífica aurora intelectual del Renacimiento, y por el advenimiento de ese prodigio inconmensurable que se llama «El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha,» del no menos ingenioso ni menos hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra, que fué y es, según el grandilocuente y legítimo calificativo de Menéndez y Pelayo, «monarca del género novelístico en la literatura del mundo.» El «Quijote» inauguró, sin disputa y con inmarcesible gloria, el ciclo de la novela moderna. De la toma de la ciudad de Tenoxtitlán por Cortés y su hueste, a la primera salida del soñador manchego, apenas si corrieron ochenta y pico de años.

Del siglo de oro para las letras españolas, nada benefició ésta su rica colonia ultramarina, por dos razones: primera, porque la metrópoli prohibió que los libros entrasen en ella, y segunda, porque, dando por inexistente aquella prohibición bárbara, este público mixto y nuevo, esta sociedad en formación no estaba apercibida para asimilarse donativo tamaño. Sabía deletrear malditamente en su lengua y desconocía las extrañas; carecía de preparación y libertades, de gusto y criterio. Y la novela es exigente, sólo aclimátase y medra en las civilizaciones hechas ya; sobre que en sí misma es la suprema florescencia de una civilización. Y aquí ocurre preguntar: ¿el descuido en que hoy la tenemos será indicio de que nuestra civilización anda por ahí lamentable y trunca?...

Malos vientos soplaron luego, en los primeros cincuenta años del XVIII, para la literatura hispana; creeríasela amodorrada o fenecida de una buena vez. Por lo que en la Colonia, sin embargo de que Carlos III, el soberano esclarecido de grata memoria, le levantara el entredicho y franquease la entrada en ella de libros peninsulares y libros extranjeros, la novela no daba trazas de apa-

recerse. «Los Sirgueros de la Virgen sin Pecado Original,» fábula pastoril inspirada en la «Galatea» de Cervantes, escrita en México en 1620 por el bachiller don Francisco Bramón, cancelario de la Universidad, al igual de las «Novelas Morales» publicadas en la Corte el 1624, de don Juan Piña Izquierdo, natural de Castilla, notario de la Inquisición en Madrid y notario apostólico y escribano real en Puebla, donde se avecinó por lustros, no son propiamente nuestras, mal grado que Bramón naciese en la Nueva España. Otro tanto habría que opinar acerca de las «Memorias para la historia de la Virtud,» novelón de cuatro tomos traducido por don Jacobo Villaurrutia y sacado a luz en Alcalá el 1752. En cambio, a este don Jacobo, oriundo de la Isla Española pero graduado en México, donde alcanzó a ser oidor, débesele la fundación de «El Diario,» hoja de menguados tamaños materiales que asiló trabajos literarios en prosa y verso, y sirvió de mucho, estimulando el cultivo de las letras, a formar el gusto del público de entonces.

Mejor ejecutoria luciría para ser considerado como el protonovelista mexicano, el presbítero don José González Sánchez, natural de estos reales, alumno de la Congregación de San Pedro y administrador del Hospital de Sacerdotes de México. Fué padre de una novela de amores pecaminosos, con introducción y todo, pero ayuna de mérito, que dedicó al doctor Pérez Cancio, y a la que puso fin el 20 de septiembre de 1760, según lo puntualiza nuestro don Francisco Pimentel, quien añade era la tal «una empalagosa relación de amoríos *livianos*, sin gracia, sin interés y sin importancia alguna, bajo la forma de un lenguaje rebuscado, altisonante, obscuro y pedantesco.» ¡Allá se las hayan, digo yo, don Francisco con su severa crítica, y mi presbítero don José González Sánchez con su engendro!

La verdad es que la primera novela genuinamente mexicana, la fundadora de aquel género entre nosotros, la precursora de cuantas la han seguido y puedan seguirla, es «El Periquillo Sarniento,» primogénito legítimo del malaventurado y genial escritor don José Joaquín Fernández de Lizardi, por otro nombre «El Pensador Mexicano.»

¡Agitada y azarosa fué la vida del «Pensador!» Nace en esta buena ciudad de México por el 1774—la fecha precisa nadie ha logrado averiguarla,—y según él mismo confiesa, cristianáronlo en la parroquia de Santa Cruz. Conforme a mis noticias, era mestizo, obscuro de color, completamente lampiño pero rico de pelo, carilargo, cenceño y nervioso, flaco de carnes y no muy ancho de

pulmón y pecho, de grandes ojos negros que solían mirar melancólicamente, el *mentón* acentuado, de hombre de carácter, y la boca burlona, entre si río o no río. Hijo de un galeno sin enfermos, con él se marchó «El Pensador» a desgastar su infancia en Tepotzotlán, en cuyo seminario de Jesuítas su padre halló acomodo. En humilde escuela del villorrio estudió José Joaquín las primeras letras, y en sabiéndolas, me lo despacharon a México, donde aprendió latín bajo la férula de un don Manuel Enríquez, y filosofía luego en el Máximo y Más Antiguo Colegio de San Ildefonso. Bachiller a los dieciséis años, a los diecisiete empezaba a trabar amistades con la teología, cuando la muerte de su padre, sin testar un maravedí, le tronchó la carrera, y falto de recursos dió con su humanidad en la desastrada empleomanía. ¡Parece mentira que del 1791 acá, los escritores hayamos seguido lo mismo, y todos, quién más, quién menos, nos arrimemos a los empleos para poder ir tirando del carro!

Desde aquellas fechas hasta que en Tasco, primero, y en jurisdicción de Acapulco después, reaparece José Joaquín de juez interino o teniente de Justicia, nada a punto fijo sábese de él, y sólo conjetúrase que se la pasaría en Tepotzotlán. De Acapulco, vínose a México, y a sus treinta y uno o treinta y dos años casó con doña Dolores Orenday, quien lo obsequió con una hija única, que murió soltera.

Contaba el maestro Altamirano haber oído de labios de un nieto de la preclara doña Josefa Ortiz de Domínguez, que de ésta había sido amigo Fernández de Lizardi, y que de fijo simpatizó con la causa de nuestra independencia. Hasta ha llegado a decirse que en ella tomó activa parte, cuando encabezaba la sagrada causa nuestro grandísimo Morelos; pero otros, niegan lo de la participación. Lo indudable es que siendo Lizardi teniente de Justicia en Tasco, no pudo *tenerla* y le entregó al Generalísimo el pueblo, sus municiones y sus armas; entrega que le costó cautiverio en México, hasta no convencer a las suspicaces autoridades virreinales de que ello había sido contra su voluntad y únicamente obligado por causa de fuerza mayor. ¿Convencería de lo contrario a la Junta que se organizó, después de lograda la independencia, con el fin de recompensar a los que prestáronle servicios, y que le asignó al novelista sueldo de Capitán retirado, nombrándolo por añadidura redactor de la «Gaceta del Gobierno?»...... No seré yo quien dirima el punto, arduo de suyo. Esto de entregar plazas es costumbre añeja, y hoy como ayer, lo mismo sirve para ganarse premios que para provocar castigos.

Ya domiciliado en México, Fernández de Lizardi, al amparo de la constitución gaditana de 1812, que entre otras libertades dió la libertad de imprenta, fundó su periódico «El Pensador Mexicano,» desde su aparecimiento famoso, porque en sus columnas atacó y discutió, con marcado desenfado y valentía, asuntos de toda especie. Con «El Pensador» publicaba los «Pensamientos Extraordinarios,» que venían a ser a modo de suplementos del periódico. Por sus intemperancias y desacatos, y porque pronto suprimióse la libertad de imprenta, que nunca disfrutó en México muy larga vida, en diciembre del propio año de 12, Fernández de Lizardi volvió a padecer cárceles durante siete meses en esta vez, aunque sin resentirlo mayormente, pues desde su encierro sacó algunos números del «Pensador,» previa la venia del censor Beristáin. Cuando le dieron suelta, con mayores pujos, si cabe, siguió en la brega, que no conforme ya con su «Pensador» ni con anteriores folletos—hasta 1811 sumaban veintiséis—en 1814 trucidó al «Pensador,» mas en retorno el 1815 dió a la estampa «Alacena de Frioleras,» el 1817 sus «Fábulas,» el 1819 sus «Ratos Entretenidos» y el 1820 su «Conductor Eléctrico.» En el entretanto, el año de 1816, a los 32 de su edad, vino al mundo su primera novela «El Periquillo Sarniento,» aunque incompleta; el Gobierno español, que no veía con buenos ojos que en el tomo cuarto se abogase por la abolición de la esclavitud, permitió nada más la impresión de tres de aquella edición *princeps*, en la actualidad inhallable casi. Tras el «Periquillo» y firmándose ya desde la salida de éste, «El Pensador Mexicano,» surgieron «La Quijotita y su Prima» (1818-1819), «Noches Tristes,» hacia las mismas fechas, y la «Vida y Hechos del Famoso Caballero D. Catrín de la Fachenda,» publicada por el impresor don Alejandro Valdés, a los cinco años de fallecido Lizardi,

En 1820 estableció una Sociedad Pública de Lectura, con el loable fin de que por módico precio se difundiese ésta, dado que según él mismo lo decía: «muchos no leen, no porque no saben o «no quieren, sino porque no tienen proporción de comprar cuan- «to papel sale en el día.....» a reserva de explicar después el completo fracaso de la tentativa, en los siguientes desconsoladores términos: «gasté y perdí mi dinero en la empresa, que no tuvo «efecto porque el público sin duda no se impuso de las ventajas «que debían resultarle más que a mí.» La fuente fija de sus recursos, amén de lo que dejaríale su pluma tan infatigable cuanto esforzada, era una alacena en el Portal de Mercaderes, en la que

filosóficamente vendía con sus propias manos los papeles y periódicos de entonces.

En 1821, a causa de un diálogo que bautizó «Chamorro y Dominiquín,» fué por tercera vez a la cárcel. Y ni con la consumación de nuestra independencia se aquietó su espíritu batallador y progresista: el año de 22 partióse a la defensa de los franc-masones, no obstante su catolicismo acendrado y proclamado en más de una ocasión, con lo que originóse grave escándalo, hubo sus sermones en la iglesia Catedral, y a él, por lo deslenguado y vitando de la tal defensa, lo excomulgaron bonitamente. Crecióse al tremendo castigo, que de inconsulto diputó, arremetió de nuevo a favor de la masonería, comentó acremente el acuerdo de la junta de censura eclesiástica, aventurándose hasta los dominios del dogma, y desafió a enemigos y perseguidores a un acto público en la Universidad, donde se discutiría la excomunión. Nadie quiso justar con él; mas como su osada actitud acabase de emberrenchinar a sus contrarios, y encima se le fueran molestias y riesgos a porrillo, es fama que hubo de poner pies en polvorosa y de ocultarse por aledaños de esta metrópoli. Pronto debió de regresar, sin embargo, supuesto que en 1823 sacó nuevo periódico «El Hermano del Perico;» en 1824 las «Conversaciones del Payo y el Sacristán,» y en 1826, hasta pocos días antes de su tránsito, el «Correo Semanario de México.»

Víctima de tuberculosis murió el Pensador a la madrugada del 21 de junio de 1827, en la casa núm. 27 de la calle del Puente Quebrado; casa hasta la cual peregriné de joven y en la que complacíame fabricar imaginativamente las íntimas postrimerías del maestro, imaginar en qué rincón dictaría el testamento que por intensivo, honrado y ejemplar, aquí en lo conducente se reproduce: «Digo yo, el Capitán Joaquín Fernández de Lizardi, *escritor* «*constante y desgraciado*, (esta sola frase, verdadera y poemáticamente dulce, deja atrás a cualquiera biografía), conocido por el «Pensador Mexicano, que, hallándome gravemente enfermo de la «enfermedad que estaba en el orden natural me acometiera, pero «en mi entero juicio, para que la muerte no me coja desprevenido he resuelto hacer mi testamento en la forma siguiente: Decla«ro ser cristiano católico, apostólico y romano, y como tal creo y «confieso todo cuanto cree y confiesa nuestra Santa Madre Iglesia, «en cuya fe y creencia protesto que quiero vivir y morir; pero esta «protesta de fe se debe entender acerca de los dogmas católicos «de fe que la Iglesia nos manda creer con necesidad de medio. «Esto sí creo y confieso de buena gana, y jamás, ni por palabra

«ni por escrito he negado una tilde de ello. Mas acerca de aque-
«llas cosas cuya creencia es piadosa o supersticiosa, no doy mi
«asenso, ni en *artículo mortis*... »

Sin duda, a consecuencia de la excomunión, echóse a volar la absurda especie de que el Pensador había muerto endemoniado; por lo que hízose preciso exhibir públicamente su cadáver, antes de que sus pocos amigos, sus partidarios y muchedumbre de curiosos, el 22 de aquel junio fueran y sepultáronlo, en medio a los honores que la ordenanza prescribe para un capitán retirado, en el atrio del templo de San Lázaro; templo ingrato como todo buen mexicano, que no atinó á conservar lápida, signo ni trazas del sepulcro ilustre a su custodia encomendado.

Entre el hombre y el escritor, me quedo con el hombre, que no únicamente supo escribir y fustigar con su ironía, sino también, a pesar de lo flaco de sus haberes, compartir escaseces con más menesterosos que él, prohijar ajenos vástagos, amar al pueblo y aun al populacho, hasta los que se inclinó piadosamente con el apostólico objeto de descubrirles sus pústulas, y tratar luego de aliviárselas; que se enfrentó a despotismos e iniquidades; que pudo vivir, pobre y digno, de su labor cerebral y marcadamente socialista; que esgrimió armas de buena ley para sus muchas refriegas a cara descubierta; que trazó y abrió el surco a nuestra novela; que alcanzó a interesar, ¡entonces! al país íntegro, con su persona, sus escritos y sus actos.

Su bibliografía completa, aun hállase por hacer, y ni nuestro eruditísimo Luis González Obregón, conócela del todo. Sólo en folletos, González Obregón ha reunido ¡ciento noventa y tres! De esa máxima labor que comprende, además de los folletos, novelas, fábulas, piezas dramáticas y pastorelas, calendarios con efemérides, periódicos y misceláneas, lo que a mí me interesa por cima de todo, es su «Periquillo,» que, entiendo, viene a ser su obra fundamental y su obra maestra. Y desde luego, yo no le tomo a mal su estilo desmañado, y, en ocasiones, hasta vulgar y sucio; ni su manía sermonera, que tanta pesadumbre recarga en muchas de sus páginas. Fernández de Lizardi pudo haber exclamado lo que en nuestros días estampó el talentoso autor de «Pequeñeces»: *aunque novelista parezco, sólo soy misionero*, pues eso fué, esencialmente, un sociólogo misionero, que al igual predicaba en el periódico o en el libro; y como urgiérale que sus prédicas fuesen leídas, valióse de la novela, por ser género muy solicitado, que a las claras o a hurtadillas en dondequiera se cuela y mete. Que dió en el clavo, a gritos pregónalo lo que de entonces acá se le ha

leído, no obstante los reparos que, como obra de arte, al «Periquillo» pueden oponérsele. Fernández de Lizardi carecía de tiempo para detenerse en rebuscar frases o pulimentos de estilo; tenía mucho que decir, y lo dijo; quería que lo escucharan, y lo escucharon, seguimos escuchándolo, que más de una crítica suya es de actualidad, y más de un defecto vernáculo continúa vigente y sin asomos de que nosotros, sus jactanciosos pósteros, lo declaremos en desuso.

Por otra parte, la filiación del «Periquillo» es harto conocida, y ella auméntale imperfecciones: desciende, al través del «Gil Blas,» de la hampa española, del «Lazarillo de Tormes,» quien, de creer a un comentarista del popular truhán,—que no es cierto lo engendrara don Diego Hurtado de Mendoza, como hasta hace poco suponíase,—*es el padre del buscón 'Don Pablos,' de 'Guzmán de Alfarache,' del bachiller Trapaza, de Pedro Rincón y Diego Cortado, de todos los tipos arriscados y artimañosos que iban buscando de la vida con la misma mañera forma que su tipo—símbolo, aquel Rodriguillo español, que mientan las crónicas italianas. 'Lazarillo' es hijo del criado del Arcipreste de Hita, Furón, el correveidile y agenciero*.... El «Periquillo» amamantóse, pues, a las deshonestas ubres de lo que se denomina literatura picaresca, la cual, dicho sea con todo respeto y haciendo a un lado a unos cuantos de sus tipos, el Pedro Rincón y el Diego Cortado, principalmente,—que escapan a mi anatema, no por pertenecer a la camada, sino porque en sus venas corre la sangre inmortal de Cervantes,—cuando no resulta tediosa y puerca, es porque resulta obscena. Y si con tantos aspavientos la citamos y aun la leemos, ello es debido a que su título de *picaresca* cosquillea nuestras malicias, y con su lectura, antes de emprenderla, nos prometemos inacabables y discretos regodeos. «....No hay libros tan desoladores y truculentos,—opina el prologuista de «El Diablo Cojuelo,»—como los libros de literatura picaresca; porque ellos nos dicen, con implacables rasgos, hasta dónde de la entraña española llegaron las úlceras de la decadencia....son clamorosos pregoneros de la bancarrota de la raza y de la época....» El «Gil Blas,» siendo galo, antójaseme superior, cuanto a forma y trama, a sus modelos y antecesores traspirenaicos.

Con semejante maridaje de abuelos, el «Periquillo,» que es un Gil Blas cimarrón, no pudo presentarse mejor pergeñado, ni con modales o palabras distintos de los que se gasta para pormenorizarnos su endiantrado vivir de pícaro de aquende el mar. Es cansado a las veces, mal hablado y zurdo otras, con sus miajas de

predicador o de versado en ciencias y tiquis miquis, enemigo de la pulcritud y del aseo, escatológico a las vegadas, y cuanto más de censurable ustedes gusten y manden,—su propio padre lo acusa, en «Don Catrín de la Fachenda,» de estar cargado de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas y de moralidades cansadas; pero así y todo, ¿quién le negaría los méritos y excelencias en que abunda? ¿quién le arrebatará nunca las admiraciones que produjo, los aplausos y risas que desató, el influjo moral que ha ejercido desde su nacimiento, los lauros ganados en lid de inteligencia?... Dígase lo que se quiera, el «Periquillo,» no sólo por su blasón indiscutible de precursor, sino por virtudes intrínsecas, es un monumento en las letras patrias, y su autor, un príncipe benemérito, a quien por benemérito y príncipe, nuestro criminal menosprecio hacia lo que nos es propio, está relegando al más injusto de los olvidos.

* * *

Aun cuando nuestro público lector ignore en lo general que la novela en México ha tenido muchos más cultores de los que fuera de suponer, fuerza es convenir para su descargo, que esa ignorancia instintiva hállase en cierto modo justificada, si se atiende a que los frutos de varios de aquellos novelistas desaparecidos, de savia carecerían supuesto lo poquísimo que vivieron. Y en literatura, lo mismo que en las demás bellas artes, ¡no hay que darle vueltas! sólo perdura y triunfa lo que de veras vale. Calcula quien puede saberlo, que el acervo novelístico nacional, del «Periquillo» al presente, cuenta nada menos de unas trescientas obras. La «Breve Noticia de los Novelistas Mexicanos en el Siglo XIX,» escrita por Luis González Obregón en el 1889, es, si no completa, la única que se conoce, y a ella deberá acudir el que en estos achaques se interese. Yo no habré de seguirla, porque a mi plan únicamente conviene ocuparme, después del Pensador, de José T. de Cuéllar, y de Angel de Campo, a juicio mío los tres *representativos* del género. Antes procede, sin embargo, mencionar a Florencio M. del Castillo, cuya primer novela salió en 1849, y que malamente, pero malísimamente se le apodó el «Balzac mexicano.» Herejía tamaña apenas es concebible, si se atiende a que de antiguo afligénos la pueril y crónica dolencia de suponernos gratuitamente los primeros en cuanto hay, en clima, en riqueza, en valor y en ingenio. Y precisamente las seis u ocho novelas que produjo del Castillo, son sentimentales y ultra-románticas: aunque

no exentas de discreción y relativo buen decir; su existencia misma, breve de treinta y cinco años, fué tierna y romántica: enemigo acérrimo de la intervención extranjera, los franceses invasores sentenciáronlo a prisión en Ulúa, donde falleció el 1863, víctima de la fiebre amarilla. Era la época de auge para el romanticismo, y natural es que nuestros escritores de aquellos días no se substrajesen al avasallador influjo de aquel movimiento nacido del «Hernani» y del chaleco rojo de Teófilo Gautier. Mejor, sin llegar a excelente, es la «Guerra de Treinta Años,» de Fernando Orozco y Berra (1850), aunque adolece del para mí imperdonable pecado de suponer su acción en Madrid y Burgos.

Hasta Manuel Payno, que en 1860 sacó su «Fistol del Diablo,» en 1871 su colección de cuentos «Tardes Nubladas,» y más adelante, tras el pseudónimo de *Un Ingenio de la Corte*, sus «Bandidos de Río Frío,» no había vuelto a laborarse con resolución y franqueza en la novela mexicana. En el libro «Los Ceros,» que se atribuye a Vicente Riva Palacio, leese acerca de Payno: «...Manuel Payno es uno de los veteranos de nuestra literatura; se atrevió a escribir novelas en México cuando esto se tenía por una «obra de romanos.... en su juventud se dedicó a la poesía, pero «poco a poco fué abandonando a las musas...así como una vaga «reminiscencia, conservo la idea de que él y Guillermo Prieto es«cribieron para el teatro...como novelista se hizo famoso por su «'Fistol del Diablo;' tengo la creencia de que Manuel no formó «un plan para escribir esa novela, sin duda porque siendo hom«bre honrado, juzga que no es bueno tener un plan preconcebi«do, y una *arrière pensée* no cuadra a sus buenas intenciones; de «aquí es que la novela creció por acumulación...en el periodismo «ha hecho un papel digno: jamás ha insultado a nadie, a pesar de «que no ha faltado quien le insulte..Manuel Payno es el mismo en «la conversación, en la tribuna, en el libro y en el artículo de pe«riódico... » Los «Bandidos de Río Frío» son, con mucho, superiores a aquel «Fistol del Diablo» que tanta boga diérale, según sus contemporáneos, y a «El Hombre de la Situación» novela de costumbres escrita más tarde: es obra mexicana por sus cuatro costados, sí obedece a plan preconcebido, luce unidad de acción y orientación recta, acrece, con sabiduría y arte, el léxico nuestro, incalculable es el número de mexicanismos que se registran en sus muchas páginas. Deja harto atrás al «Periquillo», en todo y por todo, y a «Astucia, el jefe de los hermanos de la Hoja, o los charros contrabandistas de la Rama» de Luis G. Inclán, una novela en dos tomos, respectivamente aparecidos en 1865 y 1866,

con lo que resulta anterior a los «Bandidos», alumbrados por Payno en 1888, cuando su ausencia en España, si no mienten mis averiguaciones.

Esta «Astucia» de larguísimo título, con ser novela cansada y difusa, lo es menos que el «Periquillo,» y su nacionalidad mexicana mucho más acentuada que la del inolvidable pícaro. «Astucia» y los «Bandidos» no se inspiraron en Gilblases ni otros señorones extranjeros; copian y reproducen lo nuestro sin tomar en cuenta modelos ni ejemplos, influjos o pautas; antes, alardeando de un localismo agresivo y soberano, que ensancha hasta lo trascendental y realza hasta la hermosura sus cualidades y primores. Por sus páginas, congestionadas de colorido y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras cosas y nuestras gentes: el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional, el que nos pertenece e idolatramos, el que contemplaron nuestros padres, y, Dios mediante, contemplarán nuestros hijos; el que nosotros hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy, el que quizá seguiremos viendo de más allá de la tumba y de la muerte. Por esas páginas, corren desbocados los potros cuatralbos que ya domeñaron nuestros charros, y las pasiones que nos aquejan rato ha y que no hemos podido domeñar nosotros; palpitan nuestras honradeces e infamias, nuestros vicios y virtudes; los personajes que por entre sus renglones discurren, no pueden sernos más allegados, hablan y piensan y obran a la par nuestra; el que no nos abre los brazos, nos estrecha la mano o nos sonríe de lejos; allá, va un un pariente, acá, un amigo, acullá, un conocido; reímos y lloramos con ellos, compartimos sus cuitas, goces y trabajos; sus moradas nos son simpáticas, y los caminos que andan, y los pueblos que habitan; palpamos que son nuestros hermanos, nosotros mismos, tal vez, que, sin previa licencia, de letras de molde nos pergeñaron . . .

A partir de esas obras, no digo yo la novela, el alma nacional, antes de ellas vagabunda y sin arrimo, dispersa en versos y cantares, ya dispone de asiento y acomodo donde pasar la existencia inacabable que, libre y digna, en el fondo le deseamos todos, aunque en ocasiones ¡malditas sean! no lo parezca. Claro que la casa todavía no es palacio ¡ni con mucho! pero es casa propia, con inmensos terrenos a su frente, a sus lados, a sus fondos, nada menos que toda una patria . . . .

Esta primer vivienda es aún tosca y bravía, como tantas y tantas que persisten en las estribaciones de nuestras sierras, en nues-

tras costas hurañas, en la augusta soledad de nuestros campos; adviértensele pegotes y asimetrías en puertas y ventanas, no se alza enhiesta y airosa, pero ya se la ve a distancia enjalbegada y hospitalaria, de cara al sol; ya de su techo burdo, en que las palomas curruquean abanicando las colas, sube a los cielos azules el penacho de humo pregonero de que adentro llamea el fogón familiar que ha de calentar a los hijos; ya en las afueras diséñase el huerto, se anuncian las sementeras, se prevén los almácigos. Árboles añosos préstanle sombra, ahuehuetes históricos, encinas, robles; de sus miradores y belvederes otéase la inmensidad: las razas ancestres y las razas filiales, nuestro ayer, nuestro hoy, nuestro mañana... La novela bate palmas, hacendosa y diligente, ¿qué importa que su primera casa sea una pobre casa? Y agradece al Pensador que cavara las zanjas, y a «Astucia» y «Los Bandidos» que echaran los cimientos. Ya vendrán los otros, los continuadores y pósteros, a proseguir interminablemente la edificación del solar y la siembra de la heredad que prometen, el uno llegar a palacio, y la otra proporcionar los rendimientos más abundantes y exquisitos. De antemano, la novela perdona a los que no hayan de ennoblecerla ni embellecerla ¡qué ha de hacer! si demasiado sabe que eso es quimérico, que los escritores artistas y próceres son los menos en todas partes, y los que pululan son los mediocres, los que perecen en la demanda, los que, vivos, no arriban nunca a los caudales ni al aplauso, y muertos, ni a la fama ni a la gloria. Lo esencial es que sean muchos los obreros, que muchos colaboren a que la casa crezca y la propiedad se ensanche. ¿Quién recuerda a los humildes y a los anónimos en ninguna empresa humana? Y sin embargo, rara es la obra que, falta de su concurso, alcanza término. Es la ley! que sólo perduren los nombres del decorador y del arquitecto, y que se olviden o jamás se sepan los del albañil y el sobrestante, sin cuya ayuda la casa no se levantaría erguida, altanera y bella, a todas las alabanzas y a todas las admiraciones. Ahí está la historia de sus hermanas, las nacidas y radicadas en Europa particularmente, que ya obtuvieron el diploma de maestras, y aplaudidas y festejadas recorren el orbe con el manifiesto propósito de imperar en él, de apoderarse de sufragios y dineros, a pesar de que no todas lucen muy buenas prendas que se diga, sin dárseles un ardite que las novelas americanas, por adolescentes e inexpertas, sucumban ante la competencia, o se entorpezcan el vigor y lozanía a que están destinadas.

Con la novela mexicana, acaeció lo propio: autores y autores no han cesado de llevarle cada cual, lo que conforme a su leal sa-

ber y entender, era lo más sazonado de su caletre. Y la casa humilde de los principios, aunque lentamente, con interrupciones y tropiezos, ha venido creciendo. ¡Plegue a Dios no nos la arrasen los huracanes boreales que suelen amagarnos, ni los vendavales que nosotros, desatentados y ciegos, epidémicamente desatamos! Aun entonces, cabría a la novela nacional,—ya que el libro, no obstante su ficticia endeblez, sobrevive a los bronces y la piedra, —la misión tristísima de perpetuar, al través de las edades, con más atractivo que la historia, la fisonomía moral y física de esta tierra nuestra, hoy destrozada y sin ventura....

Tras la huella del Pensador, antes y después que Inclán y Payno, han ayudado, a la vanguardia de la mesnada, ora hombreándose con Payno, ora superándolo en el manejo del idioma, Vicente Riva Palacio, una de las columnas miliares de la novelística patria, historiógrafo, crítico, cuentista y excelente pintor del México colonial; luego, Mariano Meléndez, Rodríguez Galván, Pacheco, José Joaquín Pesado, Navarro, el Conde de la Cortina, el Doctor Sierra, de Yucatán, cuya mejor obra fué su hijo Justo, el artista bondadoso y sapiente recién muerto en Madrid, y del que nunca podrá averiguarse, a ciencia cierta, cuál de las dos grandezas que atesoraba era mayor, su corazón o su cerebro.... Han ayudado, Pantaleón Tovar, Juan Díaz Covarrubias, el inmolado a los 22 años, que requiere su parrafada: «Nuestro escritor,— «habla don Francisco Pimentel—sufrió la desgracia de perder a «su padre, cuando apenas tenía nueve años, quedando reducido «a la pobreza....a los 20, el 1857, llegó a practicar Medicina en «el hospital de San Andrés. Desde 1854, Díaz Covarrubias había «experimentado otra clase de sufrimientos, los de un amor des- «graciado. Amó profundamente a una joven de la clase media, «por la que fué correspondido al principio, pero rechazado des- «pués; esto último, según parece, con motivo de las escaseces pe- «cuniarias del poeta.=Aun más desgraciado que sus amores, fué «su fin: en abril del 59, los liberales, a cuyo partido pertenecía «Díaz Covarrubias, ocupaban, militarmente, Tacubaya, y con ellos «el novelista, en clase de médico, y no como beligerante.=Ataca- «da y tomada la ciudad por los conservadores, su jefe, el General «Márquez, violando las leyes de la guerra, mandó bárbaramente «pasar por las armas al joven médico y a sus compañeros, sin per- «miso siquiera para escribir a su familia y para confesarse con un «sacerdote.»

Han ayudado Joaquín Villalobos, Pizarro, Aparicio, Ancona, José María Ramírez, el «Viejo Ramírez,» autor, entre otras,

de «Una Rosa y un Harapo,» novela victorhuguesca que le donó mucho nombre, y a quien yo conocí, ya viejo efectivo, arrastrando su senectud y sus escepticismos por la redacción de los periódicos ultra-rojos del año 84; Rivera y Río, Juan Pablo de los Ríos; Pedro Castera, cuya «Carmen» le bebió los alientos a la «María» de Jorge Isaacs, y por ende alcanzó larga vida y aplausos no cortos; José Rosas Moreno, a quien siempre hallé parecido, más en la finalidad que en la forma, con Edmundo d'Amicis; Porfirio Parra, Roa Bárcena, Alfredo Chavero, Manuel Sánchez Mármol, Marroqui, Vicente Morales, Frías y Soto, Pepe Negrete, Bernardo Couto, Arriaga, el vulgarizador científico a la manera de Flammarion y Julio Verne... Y ciento más, que callo adrede, porque su enumeración sería interminable, y lo que es peor, inexpresiva. Sépase, pues, que todos llevaron su contingente; el de los unos, brillante y duradero, el de los otros, efímero y opaco; mas contingente al fin, y muy apreciable, dado que abraza todas o casi todas las subdivisiones de la novela.

Ignacio Manuel Altamirano contribuyó con porción de elementos, tan trascendentes y valiosos algunos de ellos, que bien puede disimulársele no ocupe, como novelista, uno de los primeros lugares. De las pocas novelas que escribió, llévase la palma «El Zarco,» que es bella, sincera, y muy mexicana, medularmente mexicana, virtud que no adorna a «Clemencia,» por mucho que de mexicanísima presuma. Yo téngola por falsa y un tanto amanerada, en lo que se diferencia de «El Zarco,» que es honrada y espontánea si las hay. Pero Altamirano no ha menester para la fama de que merecidamente gozó y seguirá gozando en la historia del incipiente desenvolvimiento de nuestras letras, del dictado de gran novelista; luce en cambio otros mil para que se le considere y dipute uno de nuestros primeros intelectuales. Desentiéndome, pues no hace al caso aquí, de sus indisputables méritos como orador, soldado y hombre público; me basta y sobra con los que poseyó en su faz de sembrador de ideas, y de protector de ingenios juveniles, en los que ejerció atracción marcada y bienhechora. Luis Urbina ha dicho de él: «...que este hombre sabio y genero-«so agrupaba en su derredor a los principiantes, los empollaba. «ensayábales los primeros vuelos, entreteníase en abrir las alas de «esos pajarillos implumes que comenzaban a dar los primeros píos «literarios; era experto, y lanzó fuera del nido a dos generaciones «de aves líricas...» Nada hay más exacto, ni nadie, con mejor derecho que el suyo, para adjudicarse y llevar digna y gloriosamente, hasta después de muerto, el dulce título de «Maestro» con

que por antonomasia lo llamamos aun los que no pudimos ser sus discípulos directos. Maestro fué desde muy temprano, y maestro continuó siéndolo hasta en el voluntario destierro consular en que se apagó la intensa y útil flama de su vida. De Barcelona y París siguió enseñando, sus cartas eran espiritualmente didácticas y profundamente melancólicas, desde los encabezados en que leíase la divisa que se fabricó contra la ausencia: «*Loin des yeux, prés du coeur!* Y es que el maestro, por ser indio,—¡y a muchísima honra!—era doblemente mexicano, y no se conformó nunca con que sus últimos años se consumieran en tierras extranjeras y distantes. Donde en mi concepto hay que admirarlo más, fuera de la lírica en la que a ocasiones arrancó notas únicas, y de esa su arraigada virtud de crear y estimular a escritores jóvenes,—ya que por desdicha, nuestra característica es envidiar, y más principalmente destruir,—es en su manera de tratar la tradición y la leyenda, y en la crítica, siempre benigna, levantada y docta; hojeense, si no, sus deliciosas e instructivas «Revistas Literarias.» Su amplia preparación, solía orillarlo, entre higos y brevas, a que extremara su predilección por el aticismo, que raramente aclimátase en estas latitudes.

* * *

El 18 de septiembre de 1830, en esta sufrida ciudad de México que de tantos colores las ha visto, vino al mundo don José T. de Cuéllar, el más completo costumbrista que hemos tenido en nuestra literatura. A los 17 años, en unión de seis compañeros, de los que tres quedaron en la hazaña memorable, resistió el asalto de los norteamericanos al castillo de Chapultepec, en el que por varios días fué prisionero del enemigo. Más tarde, esclavo de su idiosincracia, renunció a «la gloriosa,» y sin orientación fija a los principios, en la Academia de San Carlos estudió pintura; luego, aprendió fotografía y publicó retratos de hombres célebres, con noticias biográficas, y en seguida, metióle mano a la escenografía, dotando al teatro de San Luis Potosí con una decoración de su fábrica, y a su palacio de Gobierno con un gran cuadro de las Armas Nacionales, que quizá se conserve todavía. Convencido, sin duda, de que no llegaría a ninguna parte con esa esgrima de pinceles, el año de 48 los trocó por la pluma publicando un artículo en que se honraba la memoria de los sacrificados el año anterior por las hoces yanquis. El 50, sentaba plaza de periodista; de poeta, en el primer aniversario de la fundación del Liceo Hidalgo, y

de pro-educacionista, entrando como miembro de la benemérita Compañía Lancasteriana. A poco, se tiró de cabeza al teatro con un drama «Deberes y Sacrificios» que obtuvo aplauso grandísimo, principalmente—tercian los maleantes,—porque los productos monetarios destináronse a viudas y huérfanos de los muertos por la Independencia. Alguna enjundia tendría la pieza, supuesto que representada después en el teatro madrileño del Príncipe, por los mismos magistrales intérpretes que en México estrenáronla,—Matilde Díez, Catalina, Robreño y Mata,—Madrid ratificó y acrecentó el triunfal éxito. Entusiasmado Cuéllar, abandonóse al cultivo de los campos mentidos y tentadores de bastidores y bambalinas; pero con objeto de escapar a logrerías y abusos de empresarios, y de salvaguadar sus derechos y privilegios de autor,—no existía entonces ley alguna sobre propiedad literaria,—en su misma casa habitación, durante años centro social ameno y grato, y centro intelectual a que concurrió lo mejorcito de la época, con los diezmos y primicias de su talento,—levantó Cuéllar un escenario privado, ante cuyas candilejas sucesivamente desfiló su íntegra prole: «El Arte de Amar,» «El Viejito Chacón,» «¡Qué lástima de Muchachos!...'» A su pastorela sobre el Nacimiento de Jesucristo dispensáronle acogida tan halagüeña, que a petición del público hubo de representarse en el Teatro Principal que ofrecía mayor cabida. Hasta José Zorrilla, el inmortal bardo español tan desagradecido e injusto para con México, que lo hospedó y trató cariñosísimamente, le enderezó a Cuéllar verbosa y laudatoria epístola, en la que lo menos que le dijo, fué: «....el género de «la pastorela, tan descuidado hasta hoy, se ha elevado en sus ma- «nos a la altura de su divino asunto, y esta manera digna de pre- «sentarla es un servicio hecho por Ud. a la literatura sagrada.... «Ud., de quien el público mexicano conoce ya algunas obras dra- «máticas y cuyo ingenio ha sido aplaudido en algún teatro de Ma- «drid, es autor que puede caminar sin andaderas por el campo del «arte....El ingenio español, si es que yo puedo osar suponer que «lo represento en este país, saluda cordialmente la aparición del «ingenio mexicano...»[1]

La obra teatral de Cuéllar que alcanzó más sonada victoria, es «Natural y Figura,» representada en el Teatro de Iturbide, en la que duramente se flagela a los mexicanos extranjerizados, en lo general, y a los afrancesados, muy en lo especial; como la representación llevóse a término cuando el Imperio, delante de la oficialidad del ejército invasor, produjéronse tal excitación y tama-

1—Los «Contemporaneos,» por Francisco Sosa.

ño alboroto, que la autoridad la prohibió. Los patriotas y los amigos de Cuéllar no pararon hasta conseguir que la prohibición se levantara, y vista entonces la enorme demanda de localidades, hízose preciso apelar al Teatro Nacional.[1] Dice Francisco Sosa en su sesudo y útil libro de consulta «Los Contemporaneos,» que Cuéllar fué un emprendedor infatigable, gran laborioso, miembro de la Gregoriana y de otra porción de agrupaciones; periodista político y festivo que colaboró en casi todas las hojas nacionales, en «La Producción Nacional» de España, y el «Nuevo Mundo,» la «América Ilustrada» y «El Comercio del Valle» de los Estados Unidos. Y sin embargo, toda esa labor incesante y magna se opaca y empequeñece si se la compara a su labor trascendental como novelista de costumbres. Lanzóse al género con una histórica «El Pecado del Siglo,» en que se describe el virreinato de Revillagigedo a las postrimerías del XVIII. Es de escasa importancia y muy mediana factura.

Su pedestal y su blasón fincan en «La Linterna Mágica,» título general de las siguientes obras que la integran y que él firmó con el popular pseudónimo de *Facundo*: «Ensalada de Pollos,» «Historia de Chucho el Ninfo,» «Isolina la ex-Figuranta,» «Las Jamonas,» «Las Gentes que son así,» «Baile y Cochino . . . . ,» «Los Mariditos,» «Los Fuereños» y «La Nochebuena,» en las que, con excepción del estilo descuidado más de lo que fuera de esperar, todo resulta amable y definitivo; son otros tantos lienzos de costumbres en los que no se sabe qué aplaudir más, si la fidelidad casi fotográfica de caracteres autóctonos que por sus páginas discurren y muévense, o el conocimiento hondo y sagaz que de nuestro modo de ser más íntimo y recóndito hace gala el avispado linternero. Cuéllar no es solamente costumbrista, y bueno, es también moralista; y quien lo dude, vaya y medite sus «Artículos ligeros sobre asuntos trascendentales,» donde abundan, además de fundadas censuras, golpe de profecías, realizadas a poco, o realizándose aún en nuestras días. Supongo yo que Cuéllar, para sus cuadros y bocetos, bebería en fuentes de *Fígaro* y Mesonero Romanos, pues del uno y del otro descúbrense influencias, pero ¡con cuánto talento propio supo nuestro novelista reproducir su medio!

Es regocijado sin chocarrería, poco sentencioso, ameno y breve; avaro de las descripciones pormenorizadas que a las veces hastían, y enemigo de lo grotesco. Defectos e imperfecciones de seres y cosas, señálalos con pincelada feliz y rápida; esquiva el hacer frases, antes suele dislocar el discurso; concrétase a dar un lapi-

1 Ibíd.

zazo que, en ocasiones, rasga la piel y encona la superficial herida, o a señalar un vicio con guiños y lenguaje de *golfo* ineducado. En lo único que ahonda, es en nuestras lacras sociales, aunque después del ahonde indica el antídoto, o lo que supone remedio y específico. Adolece, no obstante, de un mal imperdonable: es frío y poco sensitivo, no sufre con los dolores que retrata, así lo jure y perjure por bien parecer. Hizo, pues, santamente en bautizar su obra de *linterna mágica*, que sólo refleja en muros o mantas insensibles, los vidrios pintarrajeados que pasan por el objetivo enfocado diestramente. Aun nos hallamos lejos del cuadro al óleo en que los grandes artistas vuelcan su alma y pintan risas, gritos y lágrimas, que al través de los siglos siguen viéndose y escuchándose. ¡El alma humana, al fin y al cabo, es y ha sido la misma desde el Génesis!

También escribió, fuera de la serie, una novela que se llama «Gabriel el Cerrajero o las Hijas de mi Papá.» Yo no la conozco, pero nada bueno auguro de tan enrevesado nombre apelativo. Luego, Cuéllar entró en la diplomacia, y por una década sirvió de primer secretario en nuestra legación de Washington. A su regreso, llegó a Subsecretario de Relaciones Exteriores, y a la postre, vencido de ancianidad y de ceguera, murió el año de 1894.

Asegúrase que dejó obras inéditas, en cuenta una colección de apólogos tecnosóficos, que alármanme a pesar mío, por lo que pudieran menoscabar su envidiable y bien sentada fama, más importante para el estudio de nuestra formación social, conforme los tiempos van transcurriendo y transcurriendo.

* * *

Por extraña coincidencia, que yo encuentro simpática y significativa, la mañana del 9 de julio de 1868 nació en la casa número 25 de la calle del Puente Quebrado, a dos casas de distancia de la en que falleciera el Pensador Mexicano, el novelista y prosador Angel de Campo, a quien los lectores de la República conocen más, bajo su simbólico pseudónino de *Micrós*. Mejor apercibido que Cuéllar, porque surgió después, con un instinto artístico mucho más definido y exquisito, y una tierna sensibilidad, fiel espejo de su temperamento neurópata y de par en par abierto a todas las compasiones, se presentó este delicioso autor de cuentos, novelas y artículos literarios.

Compañeros él y yo, desde rapaces, en el instituto de don Emilio Baz, podría enumerar porción de menudencias que resul-

tarían insípidas e inconsistentes, supuesto que nadie comparte con los interesados la dulcedumbre de revivir los inolvidables goces y deleites que acarrean las infancias fugaces y las juventudes que no vuelven nunca, y que todos hemos tenido, alguna vez. Allá, en los duros bancos de la escuela, que la magia del recuerdo en blandos transmuta, pude percatarme de lo tempranera que fué la vocación literaria de Angel de Campo: sus balbuceos iniciales aparecieron en un periodicucho fundado por alumnos del Colegio. Ya en aquellos tiempos, despuntaba *Micrós* observador y grande amigo de la lectura. Crecimos, y nuestras vidas se separaron, aunque no tanto que no pudiera advertir, al regreso de mi primera expatriación, que la juventud de Angel obsequiábalo con menos rosas que espinas. Resignado y paciente, a solas devoraba sus acíbares, y con valentía insospechada dentro de su organismo menudo y débil, enfrentóse a las tribulaciones, a la orfandad prematura y a la escasez de recursos. Sin exhalar una queja, sin divulgarlo, echó encima de sus hombros flacos la ruda carga de constituirse padre de sus hermanos, a los que dejó domiciliados en el matrimonio y en el honor. Andan por ahí, portados dignamente, unos galones artilleros que responden al apellido de de Campo, y que todavía se enternecen y vibran cuando rememoran las bondades y rectitudes fraternales del novelista muerto. Fué, en efecto, la existencia privada de *Micrós*, línea luminosa y recta; y a diferencia de nosotros sus íntimos, de mí a lo menos, jamás cayó, ni temporalmente, en vicio alguno de los tantos que, a manera de sirtes, manchan, cuando no desmantelan, las naves juveniles. *Micrós* no, no oía de ese lado; aun revestía, explotando su larga nariz y sus anteojos inquisitoriales, aspecto de dómine, para afearnos nuestros exuberantes procederes y devaneos. Harto se me alcanza que puridades tales no vienen a cuento en los juicios de residencia de artistas y hombres públicos; mas como *Micrós*, por injusticias de la suerte y congénita incuria de su tierra y de sus conterráneos, careció de biografía,—que no la es, pasarse una corta vida frente al pupitre de un Ministerio,—bueno es sacar estas cosas a la calle, para enseñanza y ejemplo de quienes suponen que artista es sinónimo de irregular, bohemio y manirroto. A fuerza de honradez y energías, en cuanto hubo establecido a sus hermanos, *Micrós*, que era en el fondo un amoroso tímido, edificó su nido, y a fines de octubre del 904, contrajo nupcias. Celoso de su dicha, aislóse de amigos e indiferentes, aunque sin soltar la pluma, su perenne bienamada, la única hembra perpetuamente preferida a los hermanos y a la esposa, no obstante lo que la pluma

tiene de tornadiza, ingrata y cruel para con sus más fieles cortejos.

El abolengo literario de *Micrós* es indudable, desciende derechamente de Carlos Dickens y Alfonso Daudet; posee los defectos y excelencias que singularizan al novelista de Landport y al novelista de Nimes, su minuciosidad y conmiseración hacia los desgraciados, y hasta hacia los animales; como al autor de la «Bleak House» puede reprochársele que su estilo no llegue a clásico, que a las veces sea vulgar aunque ampliamente compensado por lo exacto y pintoresco de la expresión; y como al autor de «Sapho», una sensibilidad indiscreta de cuando en cuando, estilo inquieto y febril, falto de equilibrio y plenitud, hasta de regularidad gramatical. En cambio, puede decirse de él todo lo bueno que de aquellos maestros hase dicho y repetido. Siendo *Micrós* el continuador de Fernández de Lizardi, y más inmediatamente de Cuéllar ¡cuán atrás deja a entrambos, y cuál se palpa que nos hallamos frente a un artista completo, más afinado, más culto, con una maestría harto superior, espontánea y adquirida, para manejar los útiles del oficio! *Micrós* no sabe ver colectividades ni multitudes, su campo de observación es reducido, individual, pero dentro de sus términos, yo no sé hasta la fecha, de rivales que osen enfrentársele. En rigor, *Micrós* fué un *cuentista*, mas como quiera que en todo cuentista hay potencialmente un novelista, y él con su «Rumba» llegó a los altos dominios del género, de novelista, y muy talentoso por añadidura, nadie podrá bajarle un punto. Más que de costumbrista, de impresionista hay que calificarlo; dado que en lo que sobresalía era en la pintura de lo que de algún modo impresionaba su ánimo. A este respecto, Luis Urbina declara que: «*Micrós* poseía una facultad retentiva verdadera-
«mente estupenda; lo que él veía quedaba para siempre grabado en
«su cerebro como en una placa fotográfica.... Sus negativas, las
«retocaba con mano de artista; con elementos reales componía cua-
«dros imaginativos, pero su reproducción no era simple y sin ob-
«jeto, sino intencionada y simbólica; dentro de su ligereza epi-
«gramática y zumbona, había un fustigador de vicios e injusticias
«sociales, y aquí, en el moralista, aparece un aspecto peculiar de
«*Micrós*, quizá el más distintivo y característico: el de la ternura,
«el de la piedad, el de la misericordia.... almas de niños y almas
«de mujeres eran su predilección....»

Y Antonio de la Peña y Reyes, añade: «En Ángel de Campo
«todo es natural, todo es sincero, todo es espontáneo. Había na-
«cido para observar, y fué un observador admirable; estaba hecho

«para describir, y de su pluma surgían radiantes de vida escenas, «costumbres, hombres, lugares, todo lo que nosotros hemos visto «y que él describía con exactitud pasmosa y donaire inimitable... «Era *nuestro* completamente, se había penetrado como pocos de «cuanto constituye la parte típica de nuestra sociedad....»

Cuatro libros impresos testó *Micrós*, y en todos palpita una infinita piedad: «Ocios y Apuntes,» «Cosas Vistas,» «Cartones,» que ilustró el malaventurado de Julio Ruelas, y su novela «La Rumba,» en la que alcanzó a dar tales toques de verismo, que al lanzarla primero en folletines de «El Nacional», miles de lectores creyeron que el «jurado» que en ella descríbese a propósito del *Crimen de la calle de las Maravillas*, había sido real y no imaginado. De súbito, *Micrós* desapareció, para reencarnar en el *Tick-Tack* de las «Semanas Alegres» de «El Imparcial,» y en el *Bouvard y Pécuchet* con que indistintamente firmábamos él y yo una colaboración literaria para cierto periódico de modas que editó Buxó. Pero la verdadera causa del eclipse de *Micrós*, de que no siguieran a «La Rumba» hasta dos hermanas menores que conocí en manuscriptos, «La Sombra de Medrano,» principalmente, que es una preciosidad, está en la despiadada campaña que el grupo «modernista» inició contra Ángel de Campo y algunos más. Ellos, los «modernistas,» dentro de sus preciosismos y truculencias, salvo la poda sanitaria consumada para desterrar los vulgarismos ya naturalizados en nuestra habla, nada dejaron, digo, sí, nos dejaron sin las muchas más joyas con las que holgadamente habría enriquecido *Micrós* la novelística nacional. Carguen ese pecado en su conciencia, muy más ligero aunque grave, que los aplausos con que cargó *Micrós*, casi cuarentón, a su tumba del cementerio de Dolores, hacia la que se partió el 8 de febrero de 1908.—

¿Cuál será el Ministro de Bellas Artes que complazca el deseo publico de ver decorosamente editadas las obras completas del fecundo humorista?....Sus amigos, cumplieron ya con el piadoso deber de levantarle un monumento en su sepulcro; ¡cumpla la nación el suyo y levántele el sólo digno de un escritor, el monumento impreso que es el único imperecedero!

***

Ponía yo punto a lo que queda dicho, cuando hasta mi mesa de trabajo llegóme la fúnebre nueva del fallecimiento de Juan Antonio Mateos, decano de los literatos nacionales y uno de los más activos obreros de la pléyade. Hay que agregar su nombre a la

lista de desaparecidos que hemos evocado esta noche. Ha muerto Juan Mateos a los 83 años, al cabo de considerable labor en su tiempo muy aplaudida. Ello, no obstante, muere en el olvido y el alejamiento.

De él dijo Riva Palacio, que: «...en la prensa, en la tribuna, «en el teatro, en el periodismo, en la leyenda, en el poema, en la «poesía lírica, en todas partes nos encontramos con Juan Mateos... «Como literato, es conocido en toda la República y apenas habrá «un rincón del país en que no haya penetrado alguna de sus obras; «tiene talento claro, imaginación ardiente, facilidad extraordina- «ria para escribir... Como novelista, Mateos ha logrado no sólo «renombre, sino provecho... Tiene, relativamente, crecido núme- «ro de suscriptores. «El Sol de Mayo,» «El Cerro de las Campanas,» «Sacerdote y Caudillo,» «Los Insurgentes,» pertenecen a la nove- «la histórica... Para escribir cualquiera de ellas, ha sacudido su «indolencia y ha buscado y encontrado la manera de referir los «acontecimientos públicos más notables...» [1]

De algunos años acá, Juan Mateos, excepto dos novelas publicadas en el folletín de «El Imparcial,» no había vuelto a escribir, y aun en los últimos congresos de que formara activa parte, él, el tribuno combatidor y fogoso, ya no hablaba con la frecuencia de antaño. ¡Ojalá que haya consagrado sus ocios de viejo desencantado e inteligente, a escribir lo que vieron sus ojos sensuales y vivísimos; mucho habría que aprender!

Falto de tiempo para extenderme acerca de su persona y de su obra, sea esta breve mención, ramo de pensamientos deshojados de prisa sobre la fosa recién cerrada del escritor nacional, a quien probablemente se ha de señalar en citas y antologías, como el último de los románticos de nuestra prosa.

*
* *

Hoy por hoy, la novela apenas si se permite levantar la voz Muda y sobrecogida de espanto, contempla la tragedia nacional que hace más de tres años nos devasta y aniquila. Hasta su casa solariega llegan los resplandores del incendio matricida, el ayear de los que mueren y los entrecortados sollozos de las viudas y huérfanos que claman al cielo por la inmensa desdicha que los aflige.

La novela, de luto ya, como el país entero, recordando pasadas calamidades, conociendo la vitalidad increíble de esta tierra

(1) *Los Ceros*, por Cero.

adolescente y mártir, confía y espera. Confía, en que Dios se apiade de nosotros: en que los hombres recobren la razón; en que los Abeles y los Caínes, mutuamente se perdonen. Y espera, en próximos arcoiris; en radiosas auroras; en apacibles atardeceres en que los pueblos arrasados, resurjan al beso del sol y la caricia de la luz; en que las familias mutiladas, se renueven y crezcan: en que las espigas renazcan de los viejos surcos, convertidos en sepulcros; en que un noble olvido borre todos los odios, y en que la Caridad abra sus alas y ampare, mañana, los desamparos de hoy....

No seamos nosotros menos que la novela, y al igual suyo, confiemos y esperemos, ya que, gracias a las divinas misericordias, esperar y confiar son los consuelos más grandes de la vida.

México: 2 de enero de 1914

